

del que se acuesta más por costumbre que por sueño, decía para su capote:

—¡Es curioso lo del testamento! Los que se reparten la hacienda ajena en la encrucijada de un camino, se exponen á que los ahorquen; pero hay gentes que pasan por honradas, y roban á sus mismos parientes moribundos con una tranquilidad de conciencia que espanta. Por lo demás, mi situación es muy peregrina. Ella me rechaza, me despide categóricamente, y él me detiene y me sujeta con obstinado empeño....

Y metiéndose en la cama y apagando la luz de un soplo, murmuró las siguientes palabras:

—¡Vamos (dijo); este hombre pertenece sin duda alguna al número de los predestinados!



DIÁLOGO SEXTO

LA MUJER Y EL MARIDO.

MOLA!.... Parece que no hay nadie en esta casa.... ¡Inés!.... ¡Rosalía!.... ¡Sergia!.... Por el otro oído. ¿Si tendremos otra como la de Zumárraga? Son las ocho de la mañana, y estoy en ayunas.... Estas señoras creen que yo vivo como los camaleones.... ¡Eh!.... Mi chocolate, mi bandeja con bollos y mi vaso de leche, que no se necesita menos para poder llegar á las once del día, que es la hora del almuerzo.... ¡Que si quieres! No parece nadie. Esto no está bien. Me obligan á dormir en la posada, y me dan de comer con la precisa condición de que no he de pasar del vestíbulo. ¡Qué capricho de señoras!.... Vengo con todo el apetito de un hombre que ha dormido perfectamente, entro, y me veo el jardín solitario, el vestíbulo desierto, y estas puertas que comunican con el interior de la casa perfectamente cerradas.... ¡Ah! Ya algo: habrán ido á misa ¡Eso es! Ellas en

misa, y yo aquí muerto de hambre. Es una broma muy pesada. ¡Inés!.... ¡Rosalia!.... ¡Sergia!.... Nada.... ¡Oh!.... ¡Calle! Oigo la risa de mi cara mitad al otro lado de esa puerta. Se conoce que hoy se ha despertado de buen humor. ¡Si se ríe con la niña de Rosalía!.... ¡Pues!.... Alguna gracia de la chicuela: y yo aquí en ayunas, á las ocho de la mañana y á primero de Septiembre. Pero si no oyen mis voces, oirán los golpes de mi bastón sobre la puerta.... Ahora veremos: uno.... dos.... tres.... Así.... ¡Á ver! ¡Uf! ¡Ahora pregunta quién anda aquí!.... ¡Yo, mujer, yo.... yooo!....

—¡Caballero! (dijo Inés, abriendo la puerta y saliendo al vestíbulo.) ¿Qué escándalo es este?....

—Sin duda (le contestó su marido) es absolutamente indispensable para que me oigas; pues hace media hora que estoy aquí desgañitándome, sin que aparezca alma viviente.

—Es posible, porque me pareció que oía tu voz.

—Eso es; y la oías como si tal cosa.

—No; creí que era la puerta del jardín, que rechina horriblemente cuando el viento la mueve.

—Gracias, señora: todos no podemos tener la voz dulce como el azúcar; porque, en fin, es preciso que haya de todo en el mundo. ¿Y con qué diablos de voz había de llamar, estando todavía en ayunas?....

—Es verdad (dijo Inés). Comprendo muy bien tu impaciencia. ¡Sergia! ¡Sergia!.... El chocolate. Nosotras lo hemos tomado ya.

—¡Dichosas vosotras! (exclamó el marido hambriento, sin apartar los ojos de la puerta por donde había de entrar el codiciado refrigerio.) Paciencia. Y dime, Inés: ¿y tu amiga Rosalía?

—Se halla ocupada (contestó Inés) en arreglar los mundos.

—¡Los mundos, querida mía! Ignoraba yo que tuviera tan altas aficiones tu apreciable amiga.

—Sí, arregla los mundos, porque hemos decidido tomar mañana el camino de Madrid.

—¡Ya! Eso es otra cosa.... Pero aquí está el chocolate.... ¡Gracias á Dios!.... ¿Será de Vitoria? ¡Gran chocolate! Y en taza.... ¡Soberbios bollos!.... Y la leche comba.... debe ser exquisita. Pongámonle este ligerísimo puntal á la vida, y vamos viviendo. ¿Conque decididamente nos volvemos á Madrid mañana? Me alegro, porque esta vida empezaba ya á cansarme. La separación que me has impuesto empieza á serme insoportable.... ¿Te sonríes?.... Mientras ha estado aquí Jorge, tal cual; mas hace quince días que se fué, sin que me fuera posible detenerlo. ¡Ya se ve!.... Tú no has querido ayudarme á convencerlo, y me he quedado solo como un hongo, sin tener con quién hablar dos palabras seguidas. ¡Pobre muchacho!.... ¿Querrás creer que está enamorado?

—¡Es posible!

—Sí; enamorado como un tonto.... Además, hemos pasado aquí muy cerca de mes y medio, y ya es razón de que regresemos á nuestra casa....

¡Ay, Inés! Las noches, aunque las paso durmiendo, me parecen eternas. ¿Entiendes?...

—Sin duda,—dijo Inés, sentándose enfrente de su marido.

—Bien (siguió éste diciendo). Veo que hoy estás amable, y quieres hacerme compañía, á lo menos mientras tomo este *tente en pie*. ¡Ya se ve! : no nos vemos nunca á solas.... Vivís aquí como monjas, y me tenéis prohibido que penetre en vuestras celdas. ¡Demonio! Esto ya pasa de castaño obscuro....

—Por eso debemos aclararlo.

—Justamente.

—Pues bien : hablemos.

—¡Magnífico! (exclamó el valetudinario.) Ese es mi fuerte. Hace quince días que tengo que apelar al recurso de hablar solo...., y...., ¡oh dicha!... : te conozco en la cara que tienes algo que decirme. Vamos, revienta. ¿Has regañado con tu amiga?... Lo esperaba, porque las mujeres no pueden estar en paz ni un minuto. Eso es natural; ¡cosas vuestras! Cuéntame, cuéntame. Pero antes, ya que te veo expansiva, dime : ¿por qué nos abandonaste en Zumárraga del modo que lo hiciste?... Porque le doy mil vueltas, y no lo comprendo.

—Fué un capricho.

—Explícamelo.

—Sería inútil.

—¿Por qué?

—Porque aun cuando lo explicara, no lo entenderías.

—Tienes razón : los altos juicios de Dios y los caprichos de las mujeres son incomprensibles á los hombres.

—Pues ahora (añadió Inés) tengo entre manos otro capricho, que es preciso que comprendas.

—¿Sí? ¡Vaya! ¿Á que soy capaz de adivinarlo? Veamos : tú quieres tener este invierno abono entero de platea en el Teatro Real, y he ahí un verdadero capricho, porque como repiten tanto las mismas óperas, no hay necesidad de ir todas las noches. Nos va mucho mejor con nuestro cuarto turno de palco principal : no es necesario vestirse tanto, y se disfruta lo mismo.

—No se trata de eso.

—¿No?... Entonces, ya lo comprendo : quieres estrenar un tren nuevo, y es una locura ; porque el *landó* que tenemos está todavía en buen uso, y los caballos pueden muy bien tirar aún bastante tiempo.

—Tampoco se trata de eso,—replicó Inés con visible impaciencia.

—Ya, ya caigo. Deseas, como ahora se dice, abrir tus salones, recibir un día á la semana, dar *soirées*, comidas, etc. Pero eso, hija mía, tiene muchos inconvenientes : resentimientos de unos, envidias de otros, hablillas de todos. Te matarás por complacer, y nadie quedará contento. Siempre he sido enemigo de esas recepciones en mi casa. Ade-

más, querida mía, para eso se necesita un potosí. Y ¿cuántos no se arruinan? Nosotros vivimos bien, muy bien: nada te falta; mas... yo no tengo rentas para tanto.

—¿Has concluido?—preguntó Inés.

—Sí. Creo que he dicho bastante.

—Sobra (añadió ella), pues todo lo que has dicho es inútil; porque, caballero, no se trata de nada de eso.

—Explicate, hija mía, explicate (exclamó el viejo, sepultando un bollo entero en las profundidades de su boca). Deseo entenderte, y desde ahora pongo á tu disposición todo mi entendimiento.

—Pues bien: no me interrumpas; sujeta por un momento la habitual intemperancia de tu lengua, y quiera Dios que me entiendas. Oyeme, porque voy á proponerte un convenio, un pacto singularísimo.

—Habla, habla (exclamó el marido, llenándose la boca con otro bollo). Me llenas de curiosidad, y te prometo callar y oírte.

—Tú (dijo Inés) tienes sesenta y cuatro años.

—Sesenta y tres, señora, sesenta y tres.

—Es lo mismo.

—¡Ah! Es un año menos.

—Bien; yo tengo veinticuatro.

—Cumplidos.

—Es igual.

—No; hay diferencia.

—Sea; pero siempre resulta que tú estás en la

fuerza de la vejez, y yo en la fuerza de la juventud.

—¿Y á qué viene eso?

—Oye y calla,—replicó ella.

Y viendo vacía la bandeja, gritó:

—¡Sergia!... Más bollos.—Hace (prosiguió diciendo) dos años que nos casamos.

—Cierto.

—Tú, por la ridícula vanidad de tener una mujer joven.

—¡Inés!...

—Silencio.... Yo, por la necia ambición de tener un marido rico.

—¡Oh! ¡Qué manera tan feroz de ver las cosas!

—Como son, Jaime; como son. Á tu edad no hay en el alma el calor que el amor necesita. El amor es para amar á los hijos, para amar á la patria, para amar la sabiduría, para amar las virtudes, para amar á Dios, pero no para amar á las mujeres. Tú no podías amarme, y yo no podía amarte tampoco. Podías hacerme sentir el respeto, la veneración que deben inspirar los años; pero tú has perdido completamente todos los atractivos de la juventud, y no has alcanzado todavía ninguna de las cualidades que hacen venerable á la ancianidad; no tienes, en realidad, más títulos á la consideración del mundo que los de las riquezas: suprime el oro que brilla en tu gaveta, y dime con qué podrás dar brillo á tu nombre. No hagas gestos; te digo la verdad, porque debo decírtela. La historia de nuestro casamiento se reduce á muy

pocas palabras : me vendí , y me compraste . Tú , sin advertir que exponías tu honor de marido , y yo sin pensar que exponía mi virtud de mujer : ¿ no es esto ?

—¿ En qué diablo de novela has leído esos disparates ? (preguntó el marido , mirando á su mujer con espanto .) Nada de lo que dices tiene pies ni cabeza .

—Oye , y calla (replicó ella) . Sé que mi deber me manda quererte ; pero sé que mi corazón me dice que no le es posible . Te engañé una vez , y no quiero engañarte de nuevo . Te debo una fidelidad completa , y vengo á decirte : « Jaime , ayúdame á defenderme de mi propio pensamiento » .

—¡ Bah , bah ! Esto , Inés , pertenece al género romántico , al género tremebundo , y debo advertirte , hija mía , que ese género ya no está en moda . ¡ Oh ! Cualquiera que te oyera , creería que has perdido el juicio .

—Muy bien , caballero ; cambiemos de género . Supón que no he dicho nada de lo que has oído . Mi corazón leal va á esconderse en el último rincón de mi pecho . Dejemos el drama , y vamos á la comedia . Heme aquí que soy la mujer más amable y más tierna del mundo ; te sonrío siempre que me miras , oigo sin pestañear tus relatos interminables , me someto voluntariamente al tormento de tus halagos , soporto hasta con alegría tu continua presencia , eres á mis ojos joven , más aún , hermoso . ¡ Qué felices son tus ocurrencias ! ¡ Qué espiri-

tuales tus conversaciones !... ¿ Te parece poco ?... Pues encontraré elegancia en tus hombros débiles , soltura en tu aire vacilante , distinción en toda tu persona , nobleza en tus sentimientos , generosidad en tu egoísmo . ¿ Qué más quieres ? Te engañaré por la mañana , por la tarde y por la noche , con las miradas , con las sonrisas , con las palabras... Me verás solícita , asidua , cariñosa , apasionada , y mi perfidia te hará el hombre más dichoso del mundo . Mas este engaño constante , esta traición continua , esta comedia perpetua , deben tener un objeto . ¿ Cuál puede ser ? Uno de estos dos : ¿ soy codiciosa ?... Entonces , querré un testamento á mi favor de todas tus riquezas , y después esperaré tu muerte con verdadera resignación . ¡ Ah ! Es muy cruel esto ; pero tú no sabes cuán fácilmente se consuela una viuda joven , de la muerte de un marido decrepito que le deja el tierno recuerdo de una buena fortuna . ¿ No soy codiciosa ? Pues entonces te oculto , bajo un fingido cariño , un amor culpable... ¿ Qué prefieres ? ¿ La traición ó la lealtad ? Elige .

—Inés , no dirás que te he interrumpido , aunque se me han pasado muy buenas ganas de hacerlo . Pero hablemos con franqueza .—Tú estás celosa , y yo debo calmar tu inquietud .—Te aseguro que desde que nos casamos... ¿ cómo diré esto ? ¡ Vamos , te lo juro ; mi conducta es irreprochable !...

—¡ Celos yo ! He ahí una salida que no esperaba . Ya temía yo que no me comprendieras .

—Comprendo muy bien , querida Inés , que sa-

cas las cosas de quicio. Si esta es una broma que hoy me prepara tu buen humor, debo reirme y celebrar tu singular ingenio; pero si te empeñas en hacerme creer que hablas formalmente, creeré que se ha trastornado tu cabeza, y en tan triste caso, será preciso advertirte adónde llegan mis derechos de marido.

—¡Tus derechos de marido! (exclamó Inés, soltando una carcajada.) No digas desatinos. Si no me sirve la comedia, apelaré al drama. No vacilo en decírtelo: lo mismo que te abandoné en Zumárraga por una amiga, te abandonaría en Madrid por un amante. Ya has visto que sé abandonarte.

—¿Qué pasa por ti? (preguntó el viejo, seriamente alarmado.) No te conozco; tú eres otra... ¿Será tu querida Rosalía, tu amiga del alma, la que te ha trastornado el juicio de este modo?

—Eres injusto, porque ella es la que me salva del peligro en que me encuentro, á pesar mío y á pesar tuyo.

—Tranquilízate, Inés; tranquilízate. Me parece que estás algo nerviosa. ¡Demonio! (añadió, llevándose ambas manos á la cabeza.) Es posible, sí; es posible. Vamos á ver: ¿adónde vas á parar con todo esto?

—Á un pacto.

—¡Pacto!

—Eso es.

—¿De qué especie?

—De una especie muy singular.

—¡Es curioso esto!

—¡Oh! Sí, muy curioso.

—Pero ¿pacto entre quién?

—Entre nosotros.

—¡Pacto!.... ¡Pacto!....

—Mutuo.

—¡Mutuo!

—Y secreto.

—Explicate, hija mía; explicate.

—Voy á explicarme. Después del punto á que ha llegado nuestra conferencia, es inevitable una separación entre nosotros.

—¿Qué estás diciendo?

—No me interrumpas ni te admires. Hay dos separaciones: una pública, y por consiguiente escandalosa, que cada uno se explicará á su manera, en la cual no ganaremos nada. Esta separación no nos conviene. Hay otra privada, íntima, que podemos realizar sin ruido y sin escándalo, por mutuo convenio. Esta es la que te propongo.

—Acaba de explicarte, porque, verdaderamente, Inés, estás incomprendible.

—Óyeme: nuestra casa es grande, y podemos partirla como buenos amigos: tú, tu departamento; yo, el mío. Nos veremos todos los días, eso sí, en el comedor, á la hora del desayuno y á la hora de la comida, y hablaremos de muchas cosas indiferentes. Te prometo hablar de todo menos de nosotros mismos. Por supuesto, nos comprometemos uno y otro á no penetrar en nuestras respectivas

habitaciones, fuera de los casos de enfermedad, en que tenemos obligación de asistirnos. Tú recibirás las visitas de tus amigos en tu departamento; yo te juro no recibir á nadie en el mío.

—¡Demonio!

—Espera, porque todavía no he concluido. Junto á la casa en que vivimos en Madrid tienes otra, cuyo cuarto principal está desocupado. Ese cuarto lo ocupará Rosalía, y se lo cederás muy barato, porque es pobre; necesita vivir en Madrid, y, además, necesito yo su continua compañía. En la pared que separa este cuarto del nuestro se abrirá una puerta de comunicación. Estas son mis condiciones.

—¡Inés!... Semejante capricho es inconcebible.... Eso no se puede ver seriamente.

—O este capricho que te propongo, ó una locura inevitable: elige. Ó accedes á mi deseo, que es irrevocable, ó no respondo de mi fidelidad. Es la única manera que encuentro de salvar tu decoro y mi virtud. En cambio, ni una sombra siquiera empañará tu honor de marido. Quiero vivir retirada, escondida, lejos de los peligros que el mundo ofrece á una mujer joven, casada con un viejo.

—Esto es insensato.... ¿Qué es lo que pretendes?

—Pretendo consagrarme á la educación de una niña cuya hermosura y cuya inocencia han despertado en mí ternísimo cariño: es pobre, y quiero librarla de mi desgracia. La hija de Rosalía va á ser

también mi hija. No puedo aspirar á otra cosa.

—¡Inés!....

—Silencio, amigo mío.... V. tiene ya sesenta y cuatro años: se ha casado V. muy tarde, muy tarde. Ahora sólo espero una respuesta categórica.

—¡Y bien! Supón que yo accedo. Dime: ¿qué voy á hacer en el mundo, casado y sin mujer? ¿No comprendes esto, querida mía?

—Comprendo que debes sacudir esa holganza egoísta en que vives. ¿Acaso porque eres rico no tienes obligación de ser útil?... Piensa en algo, haz algo provechoso, sirve de algo. Busca en los libros una experiencia que no has aprendido con los años. Si no tienes un gran talento, ten al menos un gran corazón. Busca á los desgraciados, y emplea noblemente tu fortuna en socorrer á los desvalidos. Por lo demás, mi resolución es irrevocable.

—Bien: no quiero que digas nunca que tienes un marido tirano. Voy á acceder á tu capricho, porque me amenazas de un modo terrible; pero no accedo á tan extravagante capricho más que por quince días, ni más, ni menos.

—Te auguro (dijo Inés, poniéndose de pie) que el día que rompas este convenio, será muy triste para los dos.

Y sin decir más palabra, salió del vestíbulo por la misma puerta que había entrado, dejando á su marido con la boca abierta, en el momento mismo

en que iba á depositar en ella el último bollo que quedaba en la bandeja.

— ¡Oh! (exclamó al verse solo.) Mi matrimonio no ha sido un gran negocio : esta niña mimada tiene ideas muy extravagantes ; pero, á lo menos, es franca, y sería mucho peor que no lo fuera. ¡Bah! Allá veremos. Después de todo, la vida que se propone hacer no es mala, y, además, es barata.... Yo creo que está celosa.... En cuanto á sus consejos, la cosa varía. Sea V. generoso...., abra V. la mano...., arruínese V...., porque la señorita lo quiere....

Dijo: apuró el vaso de leche que estaba sobre la mesa, se tendió en la butaca, y se quedó profundamente dormido.



DIÁLOGO SÉPTIMO

EN MADRID.



A ve V., amigo Jorge, que mi cara mitad nos abandona también hoy, dejándonos almorzar solos. ¿No le parece á V. rara esta conducta?

—Sin duda, Sr. D. Jaime ; pero las mujeres son caprichosas. Decir mujer, es decir capricho.

—Ciertamente ; mas esa explicación no puede satisfacerme. ¿Qué haría V. en mi caso, puesto que se halla V. enterado de lo que me sucede?

—Verdaderamente no sabría qué hacer, y acaso tenga V. razón al creer que Inés está celosa. ¿Ha incurrido V. en alguna infidelidad que haya podido?....

—No.

—Entonces, no sé qué pensar.

—En Zumaya, la víspera de nuestra vuelta á Madrid, me propuso el plan de vida que V. cono-